

## El legado intelectual de Marcelo Diamand (1929-2007)

Los días 3 y 4 de agosto de 2017 tuvieron lugar las “Sextas Jornadas de Historia de la Industria y los Servicios” en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires (FCE-UBA), organizadas por el Área de Estudios sobre la Industria Argentina y Latinoamericana (AESIAL).

Reproducimos a continuación las intervenciones de la mesa de cierre de las Jornadas, dedicadas a la memoria del ingeniero Marcelo Diamand al cumplirse una década de su fallecimiento. La conferencia fue moderada por el Dr. Marcelo Rougier y participaron -en orden de exposición- los Dres. Juan Odisio, Julio César Neffa y Daniel Heymann.<sup>1</sup>

### Juan Odisio (AESIAL/IIEP-Baires)

Esta presentación es en realidad una parte muy pequeña de una investigación de mucho más largo aliento realizada en conjunto con Marcelo Rougier durante los últimos años, acerca de las ideas y debates sobre la industria en Argentina; un libro que abarca el período de 1918 a 1980 y que esperamos pronto vea la luz.<sup>2</sup>

De ese extenso trabajo, voy a referirme específicamente a lo que hemos analizado sobre las ideas iniciales de Marcelo Diamand, en el contexto de lo que los economistas discutían en el país a finales de la década del sesenta. Por esa época las propuestas de Diamand comenzaron a ganar influencia. Él mismo reconocía que la crisis de 1962/63 lo había impulsado a estudiar los problemas de la industria y sería uno de los más destacados exponentes de aquello que Rougier denominó originalmente en su tesis doctoral -un poco intuitivamente quizá-, como la “conciencia industrial-exportadora”, que ahora hemos estudiado ampliamente en ese libro que les comento. En breve, se trata de la emergencia de un relativo consenso entre los economistas de los sesenta, acerca que la forma de romper con el estancamiento de la Argentina era mediante la exportación manufacturera.

Por ese entonces Diamand creó el Centro de Estudios Industriales, desde donde tomó parte fundamental del fuerte debate entonces vigente acerca de la estrategia económica a seguir. La presentación del Centro en 1968 incluyó un ciclo de conferencias que reunió a varios de los intelectuales más destacados sobre el desarrollo y la cuestión industrial de la época: Guido Di Tella, Aldo Ferrer, Jorge Sabato, entre otros. La primera exposición fue la del propio Diamand, acerca de la estrategia global necesaria para profundizar el desenvolvimiento industrial del país. Ese trabajo, junto con otros dos artículos del año siguiente conformaron, según sus propias palabras, una “unidad conceptual en su estudio sobre las características no convencionales de la estructura productiva argentina” (Diamand 1969b, nota 1) y creo que allí desplegó las categorías fundamentales que sustentarían luego sus trabajos más conocidos (especialmente, su libro de 1973), como el de “estructura productiva desequilibrada” y el argumento a favor de un tipo de cambio múltiple para facilitar la salida exportadora de la industria.

La propuesta de mi presentación entonces es trazar una especie de breve mapa conceptual acerca de cómo construyó sus argumentos este ingeniero, partiendo desde esos tempranos aportes. En primer lugar, debe señalarse que, como casi todos los analistas de la época, Diamand destacaba que la opción había sido equivocada al avanzar en la orientación autárquica de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI). La industrialización “hacia adentro” implicaba que, en la medida en que se pasaba de la fabricación de bienes

---

<sup>1</sup> La transcripción de cada presentación fue respectivamente revisada y corregida por cada uno de los conferencistas para esta publicación.

<sup>2</sup> El libro lleva por título “*Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos*”. *Las ideas sobre el desarrollo nacional (1918-1980)* y será publicado por Imago Mundi a principios de 2018.

finales a nuevas materias primas, productos intermedios y bienes de capital, los precios industriales tendieran a elevarse cada vez más. El incremento de la productividad ganado con la mayor producción se encontraba finalmente superado por un efecto opuesto, asociado al inicio de la sustitución en nuevas ramas, cuyos mayores costos se propagaban hacia toda la estructura industrial. Por ello, sostenía que “la misma dinámica del desarrollo industrial autárquico aumenta cada vez más la discrepancia inicial entre los costos industriales y los primarios, llevando a un proceso acumulativo de deformación de costos y precios relativos internos” (Diamand 1969a, p. 17). En esto, Diamand no hacía más que retomar una formulación usual entre los economistas de su época.

La estrategia ISI tenía “rendimientos decrecientes”. Los efectos negativos originaban que fuera cada vez más dificultoso mantener el ritmo necesario de sustitución para compensar la creciente demanda de divisas, tal como antes había expresado David Felix, un economista estadounidense que había estado varias veces en el país. Dado que la exportación de bienes agropecuarios se encontraba limitada, era inevitable caer repetidamente en crisis del balance de pagos que desataban como respuesta la alteración del tipo de cambio. A diferencia del proceso en los países industriales, el ajuste se producía por vía de la recesión. Para explicar esto, Diamand diferenciaba entre industrias sustitutivas, en un sentido estricto, de las industrias para el consumo interno. Las primeras se referían a aquella producción local que reemplazaba anterior importación y permitía un efectivo ahorro de divisas. Pero el proceso de industrialización no se había limitado a estas ramas, sino que en parte importante se había desplegado hacia productos que antes se adquirían marginalmente en el exterior y por ende no disminuían el coeficiente de importaciones. Se planteaba entonces un “dilema” en la estrategia de desarrollo: “el país crece internamente, pero su capacidad de generar divisas no crece en proporción, déficit que tampoco alcanza a ser compensado por la sustitución de importaciones. Como consecuencia, la tendencia al desequilibrio externo se materializa en formas de periódicas crisis de la balanza de pagos” (Diamand 1969b, p. 38). Frente al ahogo de divisas, los gobiernos habían frenado el ritmo de crecimiento mediante políticas monetarias astringentes, que afectaban la inversión. El déficit externo también obligaba a devaluar el tipo de cambio, lo que desataba a la inflación incluso en un contexto de restricción monetaria. La ilíquidez consecuente como la redistribución regresiva del ingreso afectaban a la demanda y finalmente la recesión volvía a poner las cuentas en orden.

Como las actividades industriales demandaban divisas que no producían, la forma de alcanzar el equilibrio era mediante la crisis, como mostraban los conocidos modelos de *stop and go* entonces en boga. El ajuste que desencadenaba la modificación del tipo de cambio en los países “en transición” provenía de la crisis, que disminuía la demanda de importaciones y liberaba saldos exportables. Al postular como predominante el efecto ingreso, Diamand hacía suyos los argumentos que, desde unos años antes y a partir de los aportes originales de Carlos Díaz Alejandro, lanzaban los economistas afines a la teoría de la “devaluación contractiva” como Ferrer, Oscar Braun o Javier Villanueva.

Distinguía Diamand dos “mecanismos” para inducir la recesión: si existía control de cambios la operatoria resultaba evidente, ya que al restringirse las importaciones la actividad industrial debía frenarse, pero bajo un régimen libre de cambios el ajuste se daba por mecanismos monetarios indirectos. La devaluación daba pie a lo que Diamand denominaba “inflación cambiaria”, un tipo especial de inflación de costos y opuesta a la inflación de demanda: “mientras el diagnóstico tradicional atribuye todo fenómeno inflacionario al exceso de demanda con respecto a la oferta global, aquí estamos en presencia de una causación inversa. El origen del proceso es el desequilibrio de la balanza de pagos y la inflación del tipo que señalamos es el efecto de las medidas que se toman a raíz de ese desequilibrio” (Diamand 1968, p. 33).

En términos generales, Diamand planteaba que podían pensarse tres tipos de limitación al crecimiento industrial: una “clásica” que ponía el acento en la oferta -problemas para expandir la capacidad productiva-, luego la que provenía de una débil demanda interna, que no ofrecía absorción suficiente para aprovechar los recursos disponibles (problemática que asociaba al pensamiento keynesiano) y finalmente, una perturbación más novedosa, el estrangulamiento externo, que configuraba un cuello de botella particular sobre un insumo esencial; las divisas.

Diamand sostenía que la primera orientación (la llamada “clásica”) era la que tenía una mayor influencia en el país, repetida por los medios de comunicación y recomendada por los organismos internacionales. Como esa perspectiva adjudicaba los problemas externos a desórdenes internos, las medidas se orientaban exclusivamente a su “saneamiento” que desembocaban siempre en una recesión. En vez de aplicar medidas para mejorar la performance del balance de pagos los objetivos más inmediatos de esa política económica eran detener la inflación, eliminar las “ineficiencias” y redistribuir el ingreso para incrementar el ahorro. Tampoco el esquema keynesiano resultaba adecuado, ya que “de manera simplista” concluía que el problema argentino era la falta de consumo. Al fomentar la actividad interior sin medidas integrales para el sector externo, terminaba cayendo en el déficit de divisas, al que se enfrentaba con medidas improvisadas.

La aplicación de uno y otro esquema había dado pie a “oscilaciones periódicas entre medidas suicidas por un lado y medidas improvisadas y deformantes por el otro” (Diamand 1968, p. 49). Lecturas erróneas llevaban a propuestas erróneas. Sin reconocer los verdaderos “factores limitadores” al crecimiento sostenido, se habían establecido “prioridades equivocadas” y por ende, “falsas estrategias”. Frente a una y otra alternativa, la política económica debía orientarse más bien a garantizar el crecimiento interno, velando que no fuera interrumpido por el faltante de divisas y “al mismo tiempo lograr que *el costo económico del equilibrio externo en términos de eficiencia y racionalidad de la estructura productiva interna sea el menor posible*” (Diamand 1968, p. 47). En ese sentido, Diamand sostenía que la política para superar los problemas argentinos debía enfocarse en medidas que tendieran al mejoramiento de la posición externa. Con tal fin, dividía su proyecto en cinco puntos: controles sobre el gasto de divisas; promoción de nuevas actividades que proveyeran o ahorraran divisas; expansión de las actividades tradicionales de exportación; transformación de actividades destinadas al consumo interno en industrias exportadoras y; reestructuración del régimen cambiario e impositivo para sostener una expansión exportadora sin sacrificio del crecimiento interno.

Introdujo entonces un concepto que sería clave en su pensamiento y en su propuesta específica para el sector industrial: el de “estructura productiva desequilibrada” para caracterizar la situación prevaleciente en la economía argentina, donde coexistían dos sectores con productividades y precios relativos muy distintos (Diamand 1969a). La elevada fertilidad pampeana permitía exportar a precios competitivos mientras que la industria tenía precios superiores a los internacionales y debía orientar su producción exclusivamente hacia el mercado interno, fuertemente protegido por barreras arancelarias. Dado que, según entendía Diamand, los países fijaban el tipo de cambio en función de los costos y precios del sector exportador, la industria -dada su menor productividad relativa- quedaba en posición desventajosa frente a la competencia extranjera. En consecuencia, la política industrializadora había debido acompañarse indefectiblemente de una elevada protección contra las importaciones.

Al haberse industrializado un país que era eminentemente exportador de productos primarios (lo que, además, para el ingeniero había respondido antes a una alteración en el funcionamiento del sistema económico que a una decisión deliberada de política económica), se creó una estructura de precios distinta a la vigente en los mercados internacionales, y por un proceso de “causación acumulativa” se amplificaron los desequilibrios y la diver-

gencia respecto a los postulados por el pensamiento económico tradicional. El primer elemento de dicha cadena quedaba caracterizado justamente por el hecho que la industria demandaba divisas que no generaba, dando origen a un modelo cuyo limitante principal se ubicaba en el sector externo y no respondía a los lineamientos “clásicos” ni “keynesianos”.

La solución hacia adelante era, en consecuencia, terminar con el tipo de cambio único que impedía exportar a los sectores de menor productividad relativa. Era cuestión de equiparar la situación de las importaciones con la de las exportaciones. La industria gozaba de numerosos aranceles que adecuaban la paridad cambiaria a la productividad del sector, pero ese esquema de protección -en principio, de carácter excepcional- resultaba contradictorio. Al socavar la posibilidad de realizar exportaciones manufactureras, reafirmaba la “excepcionalidad” de las actividades protegidas, que sólo podían sobrevivir tras esas barreras arancelarias:

La contradicción entre una estructura productiva industrial considerada “ineficiente” y la imposibilidad práctica de terminar con esta “ineficiencia” lleva a un manejo cambiario “vergonzante”, el que se realiza mediante una estructura disimulada de cambios importadores, también vergonzantes [...] Dentro de un vacío total creado por falta de directivas, el manejo de derechos de importación se rige por presiones sectoriales y por la ideología de los funcionarios de turno, frecuentemente en contradicción con objetivos explícitos de la política económica. Se cae así en el peor procedimiento de todos: en un régimen cambiario improvisado, incoherente y asimétrico que no solo impide crecer a la economía, sino que de hecho impulsa a una ineficiencia cada vez mayor y a desequilibrios cada vez más pronunciados de la estructura productiva (Diamand 1972, p. 46).

El problema era que estos “seudocambios” ofrecían solamente una solución parcial, ya que establecían una estructura asimétrica: actuaban sobre las importaciones, pero las exportaciones debían seguir operando sobre el tipo de cambio correspondiente a la paridad del sector primario. Reconocía a Di Tella el haber alertado insistentemente sobre esa situación contradictoria y añadía que “es esta asimetría cambiaria la que imposibilita el desarrollo de las exportaciones industriales, obliga a seguir el camino autárquico y lleva al callejón de la política sustitutiva, caracterizado por la imposibilidad de autofinanciar en divisas el desarrollo y por periódicas crisis que tienden a desindustrializar el país” (Diamand 1972, p. 41).

La solución pasaba por adoptar una paridad que se correspondiera con la productividad relativa del sector industrial, siendo la respuesta directa la adopción de una devaluación compensada, siguiendo las proposiciones que antes habían planteado Raúl Prebisch y Nicholas Kaldor.<sup>3</sup> A tal fin, planteaba varios esquemas cambiarios posibles (reforma cambiaria, *draw-backs* generalizados o “reintegros simétricos”) pero reconocía que las “diferencias menores” en ellas eran menos importantes que la necesidad de quebrar el “circulo vicioso” de la política económica sustitutiva. Además, señalaba que los tres esquemas también permitirían -más allá del mayor gasto directo que implicaría su adopción- incrementar los recursos fiscales, y al atacar la raíz de las crisis externas, esa inversión permitiría sortear el derrumbe de la recaudación originado por las recesiones recurrentes.

Por otra parte, y también como parte de su impugnación de las “concepciones erróneas” de los economistas, Diamand insistía en diferenciar entre la insuficiencia de ahorro y la de divisas, tal como antes había marcado Carlos Moyano Llerena, entre otros: “Se trata de dos fenómenos totalmente distintos; en un caso se trata de la capacidad de financiar inversiones internas y en el otro de la capacidad de financiar las importaciones, sean éstas destinadas a la inversión o al consumo, indistintamente” (Diamand 1968, p. 37). Y agregó poco después que “el déficit de balanza de pagos puede darse a niveles inferiores que los de pleno empleo de los recursos, por causas ajenas a la insuficiencia de ahorros: el

---

<sup>3</sup> La necesidad de adopción de la devaluación compensada había sido defendida por el propio ingeniero desde 1966; cfr. Diamand 1969a, nota 14 y Valle 2011, p. 114

país puede tener una alta tasa de ahorro, potencialmente suficiente para financiar las inversiones que desea realizar, pero carecer de divisas para llevar a cabo este objetivo” (Diamand 1969b, p. 65).

En línea con el alejamiento respecto a los preceptos de la teoría convencional, planteaba distintos argumentos a favor de una mayor industrialización del país. Decía que “el desarrollo industrial de los países como la Argentina significa un abandono deliberado de ventajas comparativas, la creación de un desequilibrio dentro de la estructura productiva y la promoción del crecimiento industrial, o sea la promoción del crecimiento del sector de una productividad relativa menor” (Diamand 1972, p. 40). Las actividades industriales, por su mayor complejidad productiva y en comparación con las primarias, dependían de manera mucho más estrecha del nivel de capitalización tecnológico-social. En otras palabras, el grado de desarrollo era el que explicaba la eficiencia industrial y no a la inversa.

Por el contrario, en el “mundo real” se verificaban condiciones que volvían inválidas las recomendaciones del libre comercio y la división del trabajo internacional de acuerdo con las ventajas comparativas del país. La especialización en una economía primaria no resultaba conveniente, tanto por la posibilidad siempre latente de que surgieran limitaciones del mercado mundial como por la incapacidad de dichas actividades para garantizar la ocupación de toda la población. En esas circunstancias, era viable encarar una política de industrialización que diera empleo a todos los factores productivos disponibles. Como ya había señalado Di Tella, mientras ello no afectara la producción primaria implicaba una asignación más eficiente de recursos. Señalaba Diamand además que las ventajas comparativas eran dinámicas (nuevamente en línea con las ideas, entonces novedosas, de Kaldor), por lo que la industrialización permitía elevar, con el tiempo, no solo la productividad del propio sector sino incluso de toda la economía propiciando una mejor distribución del ingreso y la modernización de la sociedad.

Profundizando esa línea de argumentación, Diamand derivó poco después un fuerte argumento en favor del impulso industrializador que no se fundamentaba en los límites que encontraba la expansión del sector primario ni los problemas de los mercados de trabajo, sino en el fenómeno de que la productividad industrial dependía del propio grado de industrialización:

Este carácter creciente de la productividad industrial hace que el concepto de ventajas comparativas se vuelva totalmente dinámico. Muchas de las actividades que a la luz del principio de ventajas comparativas representaban el uso ineficiente de recursos hace 10 años, dentro de la estructura actual ya se pueden considerar como eficientes incluso a la luz de este principio y muchas de las que todavía no lo son hoy, lo serán dentro de los próximos 10 años. Sin embargo, estas actividades industriales nunca hubiesen podido surgir y pasar su etapa de menor productividad si su nacimiento hubiese sido condicionado por ventajas comparativas inmediatas, tal como sucede cuando la política económica se inspira en la economía clásica. Es por ello -e independientemente de las actuales restricciones de demanda y de oportunidades de empleo en el sector primario- que creemos firmemente que la industrialización de los países exportadores primarios, incluso cuando pudiera parecer ineficiente a la luz de la teoría clásica, es en realidad altamente deseable, aunque para realizarla haya que apartarse por algunas décadas del principio de ventajas comparativas (Diamand 1972, p. 45).

Su propuesta partía de considerar la prevalencia de una elevada dispersión de productividades al interior del sector manufacturero, retomando lo señalado por los estudios de la CEPAL desde mucho antes. Frente a ello, la política industrial debía tomar un patrón de referencia para definir un nivel mínimo de productividad, a partir del cual se debían apoyar las nuevas inversiones. Desde el punto de vista de la eficiencia en la asignación de los recursos la situación óptima debía ubicarse en el punto donde los incentivos a la sustitución de importaciones fueran equivalentes a los de la promoción de exportaciones.

Sin embargo, el empresario electrónico adoptaba un punto de vista pragmático, ya que también admitía como válidos otros argumentos. El límite para la sustitución podía también definirse por consideraciones acerca de la capacidad de la industria básica para

generar desarrollos tecnológicos autóctonos; cuestiones político-estratégicas; la seguridad de contar con un mercado interno más desarrollado, que fuera menos inestable que el de las exportaciones; la posibilidad de contar con una mayor especialización en industrias capital-intensivas que además estuvieran orientadas hacia los mercados regionales, en línea con los postulados del “modelo integrado y abierto” de Ferrer; entre otras razones igualmente válidas (Rougier y Odisio, 2012). Por todo ello, pensaba Diamand que el balance entre la promoción de industrias sustitutivas y exportadoras se inclinaría hacia las primeras; teniendo que ser tomada esta decisión a nivel político en última instancia.

Aunque estoy dejando muchas otras cuestiones importantes fuera, para terminar quisiera volver a la diferenciación entre ahorro y divisas que Diamand tanto se ocupó en remarcar. Partiendo de allí, criticaba vigorosamente la alternativa que planteaba recurrir al financiamiento externo como solución a los problemas económicos argentinos. Me parece que este punto cobra gran relevancia frente al debate y la situación actual del país. La opción de recurrir al financiamiento externo, tarde o temprano, conduciría a una situación insostenible propiciando que se disparase una corrida cambiaria: “aunque en términos de ‘capitales’ pudiera producirse un endeudamiento ‘sano’, en términos de divisas se está operando un endeudamiento desequilibrante” (Diamand 1969b, p. 48). El problema era mayor para aquellos países “en proceso avanzado de industrialización”. Al recorrer ese proceso, si los aportes externos no generaban nueva capacidad exportadora se mantendría incólume el “déficit externo estructural” y las crisis del balance de pagos se repetirían inevitablemente.

En suma, las ideas de Marcelo Diamand no configuraron un programa de política económica completo, pero procuró fijar los elementos fundamentales para romper con el estancamiento. Más allá de las críticas lanzadas contra la ISI, Diamand -como gran parte de los analistas de la época- consideraba que las condiciones para lograr que la Argentina pasara finalmente a pertenecer al club de los países más desarrollados del planeta se hallaban presentes. Por tal motivo, desplegó un discurso novedoso dentro del debate acerca de las estrategias económicas de finales de los años sesenta, centrado en el fomento de las exportaciones industriales, para ubicarse como una figura clave en la consolidación del consenso que pretendía consolidar la expansión industrial argentina por una nueva y vigorosa senda.

## Bibliografía

- Diamand, Marcelo (1968), “Estrategia global del desarrollo industrial”, *Cuadernos del Centro de Estudios Industriales*, nro. 1, pp. 27-58.
- Diamand, Marcelo (1969a), “Bases para una política industrial argentina”, *Cuadernos del Centro de Estudios Industriales*, nro. 2, pp. 1-49.
- Diamand, Marcelo (1969b), “Desarrollo industrial, política autárquica y capital extranjero”, *IDES- Situación actual y perspectivas de la Economía Argentina*, nro. 16, pp. 35-66.
- Diamand, Marcelo (1972), “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, nro. 45, pp. 25-47.
- Diamand, Marcelo (1973), *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia. Economía para las estructuras productivas desequilibradas: caso argentino*, Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Rougier, Marcelo y Juan Odisio (2012), “Del dicho al hecho. El ‘modelo integrado y abierto’ de Aldo Ferrer y la política económica en la Argentina de la segunda posguerra”, *América Latina en la Historia Económica*, vol. 19, nro. 1, pp. 99-130. Disponible en <http://alhe.mora.edu.mx/index.php/ALHE/article/view/494/775>.
- Valle, Héctor (2011), “Marcelo Diamand y los debates de su época”, en Pablo Chena, Norberto Crovetto y Demian Panigo (coords.), *Ensayos en honor a Marcelo Diamand. Las raíces del nuevo modelo de desarrollo argentino y del pensamiento económico nacional*, Buenos Aires, Miño y Dávila-UNM-CEIL/PIETTE, pp. 111-130.